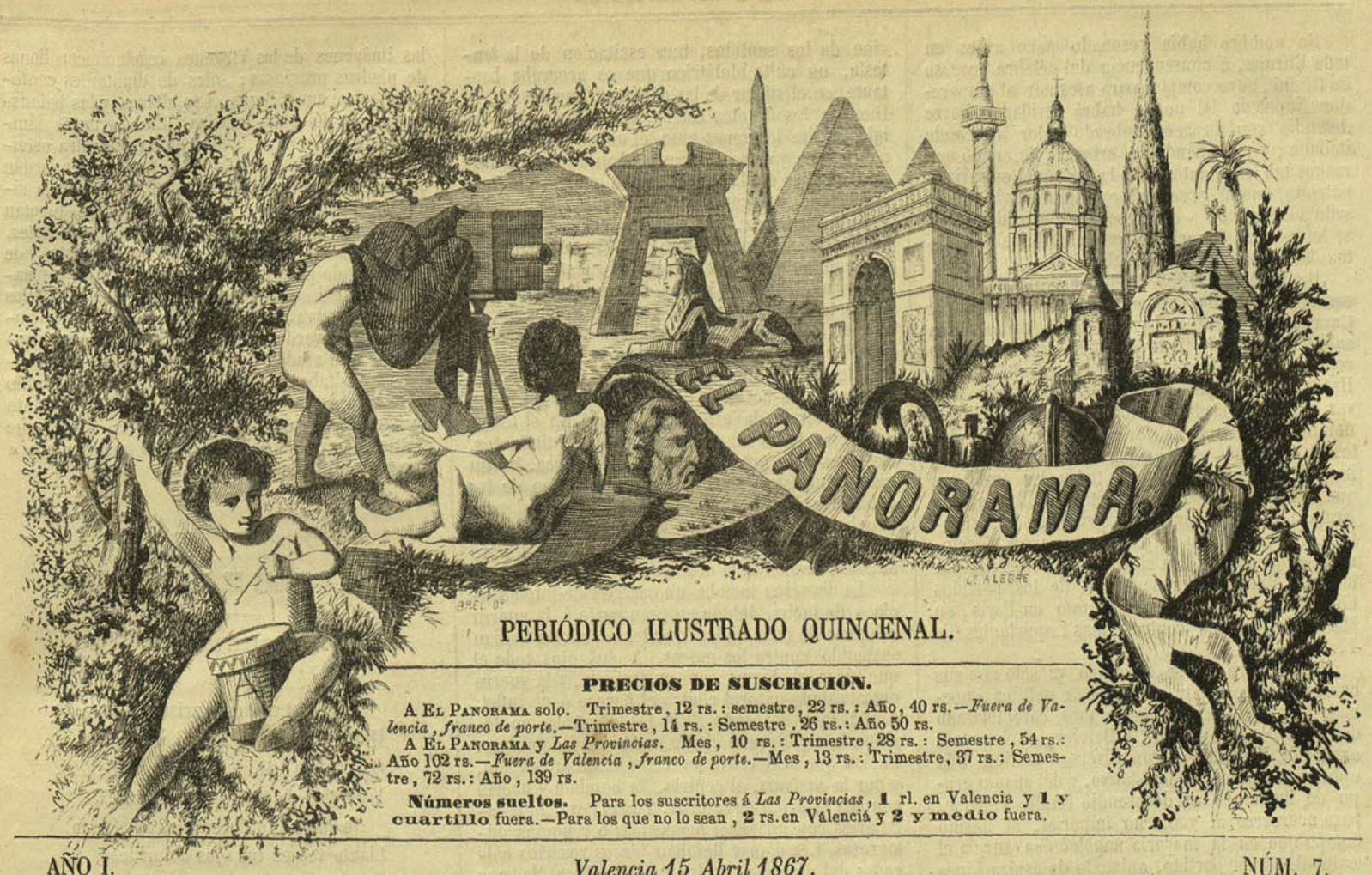


PERIÓDICO ILUSTRADO QUINCENAL.

PRECIOS DE SUSCRICION.

A El Panorama solo. Trimestre, 12 rs.: semestre, 22 rs.: Año, 40 rs.—*Fuera de Valencia, franco de porte.*—Trimestre, 14 rs.: Semestre. 26 rs.: Año 50 rs.
A El Panorama y *Las Provincias*. Mes, 10 rs.: Trimestre, 28 rs.: Semestre, 54 rs.: Año 102 rs.—*Fuera de Valencia, franco de porte.*—Mes, 13 rs.: Trimestre, 37 rs.: Semestre, 72 rs.: Año, 139 rs.

Números sueltos. Para los suscritores á *Las Provincias*, **1** rl. en Valencia y **1 y cuartillo** fuera.—Para los que no lo sean, **2** rs. en Valencia y **2 y medio** fuera.

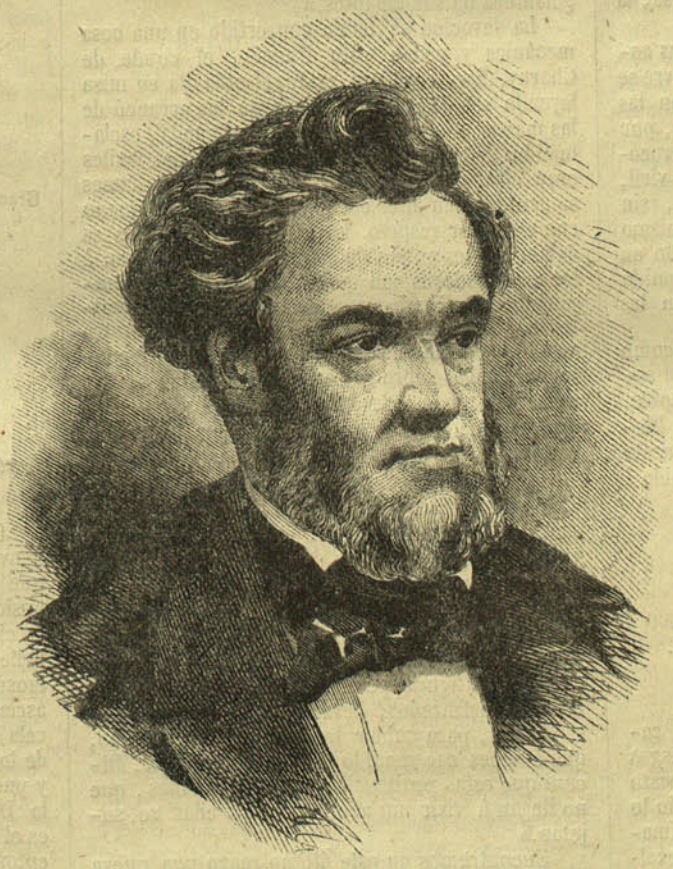
AÑO I. *Valencia 15 Abril 1867.* NÚM. 7.

JULIO FAVRE.

Julio Favre comparte con Thiers el cetro de la elocuencia en las Cámaras francesas. El célebre ex-ministro de Luis Felipe posee sin duda en mas alto grato los secretos de la diplomática oratoria de los gobiernos representativos, y sabe hacer servir su fácil y esperimentada palabra á las habilidades de las discusiones parlamentarias; pero, en cámbio, en la vigorosa dialéctica y la viril elocuencia del diputado demócrata, encontramos todos los recursos del tribuno que con sus grandes golpes impresiona las asambleas populares. Con estas dotes, y un carácter tenáz y levantado, ha conseguido Julio Favre ser el gefe de la oposicion democrática en el Cuerpo legislativo. Sus últimos discursos han vuelto á llamar sobre él la atencion pública, y hemos creido oportuno darle hoy un lugar en nuestra galería biográfica.

Gabriel Claudio Julio Favre, nació en Lion en 31 de Marzo de 1809, de una honrada familia comerciante, que lo destinó al foro, enviándolo á estudiar á la Universidad de Paris.

Apenas habia concluido la carrera, cuando estalló la revolucion de 1830, y el jóven abogado, exaltado secuáz de las ideas liberales como casi toda la juventud de las escuelas en aquella época de entusiasmo político, se afilió en las filas mas avanzadas, dándose á conocer en una carta que el 29 de Julio publicó *El National*, y en la cual proponia la abolicion de la monarquía y la reunion de una asamblea constituyente.



Julio Favre.

En Lion, su ciudad natal, á donde pasó á egercer la abogacia, manifestó las mismas ideas, y habiendo defendido (1831) á los llamados *obreros mutualistas*, que formaban una asociacion de tendencias socialistas, se vió en grave peligro, por el motin que produjo aquel proceso y en el cual pudo escapar el audaz abogado con gran trabajo á las persecuciones militares.

En 1834 lo encontramos en Paris defendiendo á otros acusados políticos. *Soy republicano*, dijo al comenzar su discurso, y aquel rasgo de audacia, juntamente con la fuerza de su elocuencia, llamó sobre él la atencion del foro de Paris, en el cual comenzó á figurar desde entonces, como uno de los mejores abogados.

La revolucion republicana de 1848 abrió ancho horizonte á la carrera política de Julio Favre. La constancia y la fé con que profesaba las doctrinas democráticas le hicieron considerar por todos los republicanos como uno de los mas robustos sostenes del nuevo órden de cosas, y como secretario general del Ministerio del Interior, tuvo parte en los primeros trabajos del gobierno provisional. Habia dos tendencias en este gobierno: la mas templada, á cuyo frente figuraba el presidente Lamartine, y la fogosa republicana, que se inclinaba á los socialistas, y de la que era alma el ministro Ledru-Rollin. Favre escitaba á este en sentido radical, y se le atribuye la redaccion de la célebre circular á los comisarios estraordinarios en los departamentos, dándoles instrucciones sobre el modo de egercer sus ámplias facultades.

El departamento del Loira le envió á la Asamblea constituyente por 34.260 votos, y al entrar en ella dimitió la secretaría del Ministerio del Interior. En aquel borrascoso Parlamento tomó gran parte nuestro protagonista; pero no siempre en sentido tan radical como lo hacian esperar sus antecedentes, pues su buen sentido práctico le hizo separar de la estrema izquierda en muchas ocasiones.

Cuando en Diciembre de aquel mismo año fué elegido presidente de la república el ciudadano Luis Napoleon, Julio Favre comprendió que aquel ambicioso príncipe acabaria con la república, y le hizo tenáz oposicion en la Cámara, sobre todo despues de la espedicion á Roma, cuyos resultados condenó elocuentemente, dando su apoyo á la demanda de acusacion contra el presidente.

Al año siguiente formó parte tambien de la Asamblea legislativa, elegido por el departamento del Ródano, figurando en ella como uno de los gefes de la oposicion democrática; y cuando abandonó la Cámara Ledru-Rollin le reemplazó como orador y *leader* de la Montaña.

El golpe de Estado de 2 de Diciembre cortó la carrera política de Julio Favre, que se encerró en sus tareas del foro. De allí fué á sacarle la política; pero elegido individuo de los consejos generales de los departamentos del Loira y del Ródano, se negó á prestar juramento al imperio.

En 1857 acordaron los demócratas tomar parte en las elecciones para el cuerpo legislativo y acudir á la Cámara. Presentada en Lion la candidatura de Favre, fué vencida; pero el año siguiente hubo que hacer una eleccion parcial en Paris, y el abogado demócrata mereció la mayoría de los sufragios.

Biblioteca Nacional de España

Su nombre habia resonado poco antes en toda Europa, á consecuencia del célebre proceso de Orsini, cuyo complot para asesinar al emperador Napoleon III no se habrá olvidado. Favre defendió con su acostumbrado calor al conde italiano, y reprobando su crímen, describió con rasgos tan elocuentes la vida de aquel estraviado patriota, que el procurador general se vió precisado á esclamar: « en presencia del cadalso que se levanta, se ha erigido ante el tribunal la estátua del hombre que debe subir á él.»

Desde el año 1858 hasta el de 1863, Favre sostuvo una ruda campaña parlamentaria en el Cuerpo Legislativo. La oposicion democrática solo habia logrado llevar á aquella asamblea cinco representantes: Emilio Ollivier, Queroult, Picard, Havin y nuestro personage, que fué el gefe y la voz mas autorizada de aquella que recibió el nombre de *minoria de los cinco*. Con incansable teson combatió esta exigua minoria la política imperial, reivindicando en todas las ocasiones que se le presentaban las libertades políticas de la Francia, y cuando en 1863, terminada la legislatura, fué convocado el pais para nuevas elecciones, el grupo de los cinco se vió reforzado por los mas ilustres representantes de los partidos liberales, que alcanzaron el triunfo en Paris, en Marsella y en los centros mas importantes de Francia.

Julio Favre no se encontró ya solo con sus cuatro secuaces para combatir la política imperial: Thiers, el representante mas caracterizado del doctrinarismo liberal, y Berrier, el elocuente orador legitimista, dieron diversos matices á la oposicion del cuerpo legislativo, y del mismo grupo de los cinco se desprendió Emilio Ollivier, para acercarse al gobierno imperial, al mismo tiempo que en la mayoria napoleónica surgia el grupo de tercer partido, animado de aspiraciones liberales. En medio de todas estas fracciones, Julio Favre, el severo demócrata, continuó al frente del grupo radical, siendo todavía, como en los últimos tiempos de la república francesa, la voz de la Montaña.

Y es en verdad elocuente intérprete de las aspiraciones democráticas. La oratoria de Favre se distingue por lo levantado de sus ideas con las cuales domina siempre el asunto que trata, por el vigor de la dialéctica y la robustéz del razonamiento. La forma de sus discursos es viril, contundente, agresiva; pero sin irritacion, sin apasionamiento. Su palabra severa y al mismo tiempo digna y tranquila, tiene, sobre todo en las réplicas, una mordacidad que es muy temida en la Cámara y que siempre va envuelta en las mejores formas.

En el foro de Paris es considerado Favre como uno de los mejores abogados, y en la buena sociedad se aprecia su carácter simpático y noble. Ha dedicado algunos de sus cortos sócios á la literatura, y en el teatro de sus salones se ha puesto en escena alguna produccion dramática debida á su pluma.

C.

LOS ESPAÑOLES

TALES COMO ERAN EN EL SIGLO XVII.

VI.

En el exámen que venimos haciendo del carácter español, tal como se presentaba con rasgos marcadísimos en tiempo de Cárlos II, hemos visto su propension á todo lo estraordinario, á todo lo maravilloso, á todo lo que heria vivamente la imaginacion. Un pueblo de esta índole debia ser exaltado y viciosamente religioso, y en efecto, el fanatismo devoto era uno de los caractéres mas salientes de aquella época, en la que el mismo rey se creia víctima de hechizamientos y maleficios. Quizás dedicaremos algunos artículos á recordar estas escenas de que fué triste teatro el palacio de nuestros reyes, pues conviene que no se olviden los escesos á que pueden llevar los mejores sentimientos, cuando son mal dirigidos por la ignorancia ó la mala fé; mas, por hoy, debemos limitarnos á consignar algunos rasgos de la devocion española, tal como esta se presentaba á los asombrados ojos de Madame d'Aulnoy en el siglo XVII.

La discreta dama de la córte de Luis XIV se asombraba al ver que la religion no era, para los españoles, una idea metafísica, sino una emocion de los sentidos, una escitacion de la fantasía, un culto idolátrico que se acercaba bastante en el vulgar de las gentes al paganismo. El Dios de los devotos estaba materialmente en las iglesias; las imágenes eran el objeto último de su adoracion, y estas se presentaban á los ojos impresionables de la multitud del modo que mas viva emocion producian en ellos: el Cristo, clavado en la Cruz, con aspecto cadavérico, con las llagas manando sangre; la Vírgen, cubierta de sederías y encajes, resplandeciente de oro y pedrerias, como las reinas del mundo. Estas imágenes tenian vida para el pueblo; Jesucristo, la Vírgen, los Santos, no parecian personages de remotos tiempos, alejados del mundo en las alturas del cielo, sino que se mezclaban cotidianamente en las cosas de la tierra é intervenian en los asuntos de la existencia vulgar. En el teatro aparecian todas las noches, con los sentimientos, las ideas y las preocupaciones de la época. En un *auto* Jesucristo quiere entrar en la órden de los caballeros de Alcántara; pero no pudiendo dar las pruebas de nobleza, por lo humilde de su nacimiento, es rechazado y se desquita del desaire sufrido, fundando la órden de Cristo.

La devocion tomaba un carácter de intolerancia y de lucha, debido en gran parte á la guerra religiosa de ocho siglos que los españoles habian sostenido contra los moros. A sus ojos todo el que niega el dogma, era un traidor, y la guerra era el estado natural contra el herege ó el infiel. Aun á fines del siglo XVII los españoles no dejaban la espada para confesarse ni para comulgar: Decian que la llevaban en defensa de la religion, y por la mañana, al ceñirla, la besaban y hacian con ella la señal de la cruz. Todos llevaban escapularios con imágenes bendecidas ó reliquias milagrosas. Las damas llevaban largos rosarios colgados del cinturon, y «los rezaban, dice Madame d'Aulnoy, en todos sitios y en todas ocasiones, en la calle, en las tertulias, mientras juegan á las cartas, murmuran con sus amigas ú oyen los galanteos de sus amantes.»

La devocion se habia convertido en una cosa mecánica y usual. « Un francés, el conde de Charny, dice la viagera, estaba el otro dia en misa leyendo sus Horas. Una vieja se las arrancó de las manos y las arrojó al suelo indignada, esclamando: dejad eso y tomad el rosario.» Los frailes eran objeto de particular veneracion: las damas se arrodillaban ante ellos y les besaban la mano con el mayor respeto. En las iglesias los fieles se daban fuertes golpes de pecho ó interrumpian á los predicadores con gritos dolorosos de compuncion. En Cuaresma se veian por la calle penitentes, desnudos hasta la cintura, con el rostro velado.» Suelen ir ceñidos con esteras tan fuertemente ligadas sobre las carnes, que estas se ven á trechos amoratadas. Algunos llevan siete espadas, en memorias de los Siete Dolores, clavadas en la espalda y los brazos, de manera que les hacen lesiones bastante graves, si se mueven con demasiada precipitacion ó si llegan á caer al suelo, lo cual es frecuente, pues van descalzos, y el empedrado es tan desigual, que es difícil andar sin cortarse los pies. Hay otros que en lugar de estas espadas llevan cruzes tan pesadas, que su peso los agobia; y no creais que todos estos penitentes son gente del pueblo, pues entre ellos suelen figurar personas de alta posicion. Sus criados, disfrazados, llevan vino, vinagre y otros escitantes, para cuidar las fuerzas de su amo, que á veces cae rendido de fatiga y de dolor. Dícese que estas penitencias son tan pesadas, que no llegan á vivir un año los que á ellas se sujetan.»

Encontramos en este último rasgo una nueva prueba de la credulidad ó de la exageracion de la escritora francesa; pero, por lo demás, aquellos espectáculos que á una dama de la córte refinada del Gran Rey habian de parecerle en alto grado sorprendentes, no son tan estraños para nosotros, puesto que las penitencias que relata madame d'Aulnoy han llegado á nuestros dias, y aun se ven en las procesiones públicas devotos cargados con pesadas cruces, como algunas veces sucede en las solemnidades de Semana Santa en Valencia, y todos los años en Barcelona, donde los penitentes con los pies descalzos arrastan pesadas cadenas por las calles de la ciudad.

Como marcada contraposicion, exigida por la viveza de la fantasía española, la viagera hace notar el contraste entre lo espantoso y espléndido en las mismas ceremonias del culto. En las iglesias las imágenes de las Vírgenes resplandecen llenas de piedras preciosas; soles de diamantes centellean sobre sus cabezas. Los altares y las balaustradas son de plata maziza. Cien gruesas lámparas de oro y plata brillan en la siniestra oscuridad de las lóbregas bóvedas. Las capillas están adornadas con todo lo que puede acumular la riqueza y el capricho. Millares de flores forman caprichosas guirnaldas y gigantescos ramilletes. Surtidores de agua caen en tazas de plata, de mármol y de pórfido. Tiestos con jazmines y naranjos embalsaman el ambiente, y los pajarillos cantan, encerrados en jaulas que oculta artificiosamente el verde follage. La religion comprendida de este modo, heria enérgicamente los sentidos y exaltaba la imaginacion, y no es estraño que escitase el sentimiento devoto hasta el punto de hacer populares los autos de fé, á los que asistia el rey, la córte y todo el pueblo como á una gran festividad.

J. de D.

A LA VÍRGEN DE LAS ANGUSTIAS.

SONETO.

Vengo á tus pies, purísima María,
Que ha llegado la fama á mis oidos,
Que hallan consuelo en tí los afligidos,
Y afligida yo traigo el alma mia.

No hay en tu faz señales de alegría,
Llanto veo en tus ojos doloridos,
Cual los mios están enrogecidos
De llorar hilo á hilo noche y dia.

Lástima causan, amargura y duelo,
De tu mirada tétrica la calma,
La palidez de tus megillas mustias:

Amargo es en verdad, pero es consuelo:
Aquí su propia pena olvida el alma,
Para sentir, Señora, tus angustias.

Granada 30 de Octubre de 1866.

J. Nuñez de Prado.

LOS POETAS ITALIANOS.

Estudios histórico-literarios.

VI.

Las tres musas del Dante: la Teología, la Escolástica, Sistema dantesco.

Cuando hubo muerto Beatriz, cuando Dante, convertido por el dolor en la *cosa selvática*, de que habla ingénuamente el Bocacio, buscó con ansiosa avidéz en el estudio, en las entrañas de la ciencia, esa aspiracion de su vida, esa sed de belleza y perfeccion que habia encendido la hermosura y la virtud de aquella santa muger, cuando ascendiendo insensiblemente por esa divina escala del amor, que describe Platon, pasó del culto de los bellos sentimientos al de las ideas bellas, y pudo por fin declararse servidor y amante de la Dama Filosofía, comprendió que la verdad es el fin supremo del amor del hombre, y desde entonces fué la ciencia su musa inspiradora. Beatriz lo dice asi al poeta cuando lo conduce á través de los esplendores del cielo.

Yo veggio ben si come giá risplende
Nello'nttelleto tuo l'eterna luce,
Che vista sola sempre amor accende;
E s'altra cosa vostro amor seduce,
Non é se non di quella alcun vestigio
Mal conosciuto, che quivi traluce (1).

¿En dónde buscó el vate florentino esa eterna luz que apenas apercibida enciende en perpétuo amor el alma humana? ¿A qué institucion, á qué creencia, á qué doctrina pidió ese ideal que necesita la inteligencia y el corazon del hombre ansiosos de lo infinito? Esto es lo que natural-

(1) Paradiso, canto V.

Biblioteca Nacional de España

mente nos preguntamos al hallarnos en presencia de ese *secondo amore* del poeta.

En el revuelto caos de la edad media, en aquella fermentacion contínua en que iban lentamente elaborándose los diversos y encontrados principios, cuya armonía ha de formar la perfeccion de la sociedad moderna, solo habia una idea madre, en la que de cierto modo se encerrasen todos los pensamientos que hacia brotar en su magnífica variedad la nueva civilizacion; solo habia una institucion que ligase las instituciones varias que en continuada lucha se repelian: aquella institucion era la Iglesia. ¿Queremos ver en la esfera del arte la multiplicidad moderna concentrada por el catolicismo en una sublime unidad? La vida entera de aquellos siglos ha tomado forma material en las *catedrales*: grabadas en piedra están en ellas todas las ideas de una generacion; todas las ciencias y artes se han reunido para formar esas enciclopedias de aquellos tiempos. Al rededor del altar del Dios único se agrupan los ángeles, las vírgenes y los santos, los obispos y los guerreros tendidos sobre sus sepulcros, los diablos y los mónstruos que asoman entre los pilares como una tentacion. La arquitectura, la escultura y la pintura se unen para espresar con signos sensibles misterios pavorosos y puros sentimientos. A poca distancia del púlpito, desde donde se difunde la ciencia práctica de la vida, está la biblioteca, donde los iniciados se arman con las agudezas del escolasticismo. En un tablado, á la puerta del templo, hace sus primeros ensayos el arte dramático, y bajo las sagradas bóvedas la música adquiere una magestad y un espiritualismo desconocidos: y sobre aquel monumento simbólico, en el que se unen la religion, la ciencia y el arte, se elevan, como las aspiraciones de los fieles, las atrevidas agujas, á la region serena de los cielos.

Lo que era la catedral en el mundo del arte, era la Iglesia en el terreno social, y la teología en el campo científico. Las inteligencias, que gravitan siempre hácia la unidad de una verdad suprema, tendian en aquella época de fé hácia el dogma cristiano, que se ensanchaba para dar cabida á todo linage de conocimientos. Era aquella una época de abullicion social é intelectual, y la actividad que en todas las esferas se manifestaba, no estaba contenida en el terreno de la indagacion filosófica, como sucedió mas tarde, por la autoridad de la fé, sino que por lo contrario, las doctrinas religiosas, dirigiendo la mente á la contemplacion del mundo interior, activaban el afan de las investigaciones metafísicas.

Ese gran movimiento filosófico-cristiano que recibió el nombre de *escolástica*, y al cual dió instrumento apropiado la restaurada lógica de Aristóteles, se inoculó tan profundamente en aquella sociedad grosera y metafísica, sensual y devota al mismo tiempo, que hoy mismo nos asombra descubrir el interés que escitaban las luchas de escuela que conmovian el mundo, como la gran compaña de San Bernardo contra Abelardo.

El afan de reducir todo raciocinio á la dialéctica pura, estravió á menudo á los escolásticos, y mientras carecian de toda aplicacion práctica sus elucubraciones ontológicas, las verdades religiosas peligraban, siendo necesario una reaccion para asentar de nuevo la teología en las bases de la autoridad y el buen sentido. Pedro Lombardo y Alberto el Grande prepararon esta restauracion de la ciencia religiosa, que habia de completar el llamado *Angel de las escuelas*, el gran filósofo cristiano de los siglos medios, el autor de la *Summa Teologicæ*, enciclopedia prodigiosa, en que toda la ciencia, toda la fé, toda la erudicion de su tiempo se hallan desenvueltas armónicamente, con las formas lógicas del método aristotélico, abarcando en una síntesis completa el conocimiento de las leyes del mundo, del alma y de Dios en la absorvente unidad del dogma cristiano.

Este era el horizonte que se abria al espíritu humano, cuando Dante sitió el infinito anhelo de buscar en el conocimiento de la verdad absoluta la satisfaccion de su insaciable amor. El vate florentino se arrojó con la ansiedad de Fausto á la conquista del secreto de la vida. Todo lo que en su tiempo podia saberse, todo lo supo. Asombra encontrar en su poema conocimientos de las ciencias físicas y naturales, que se creian de época posterior, como la ley de gravedad terrestre, las propiedades del iman, la generacion de las plantas, las estrellas australes, el influjo de la luna en las mareas, etc. Pero no era la ciencia de observacion la que queria apurar el Dante: representante fiel de su época, remontaba su investigacion á las causas últimas de las cosas, y penetraba, en alas del raciocinio, en los mundos supernaturales para pedir á la fé la esplicacion de todos los misterios. Le hemos visto inscrito en Florencia en el gremio de los médicos y boticarios; pero, las ciencias filosóficas eran el objeto predilecto de sus estudios, y llegó á ser tan consumado teólogo, que cuando el destierro lo llevó á Paris asombró á los profundos doctores de aquella célebre Universidad.

Esa aspiracion á la verdad suprema, ese *su segundo amor*, como le llama Dante, fué el sentimiento que le dictó su poema. Como las epopeyas indias, como la teogonía de Esiodo, como todos los poemas primitivos, mas ó menos toscos, mas ó menos completos, la *Divina Comedia* encierra el ideal, la doctrina, la creencia de toda una época; es la epopeya del cristianismo, que dominando sobre todas las inteligencias, vencidos todos los contradictores, seguro de sus dogmas, se lanza en la investigacion de los misterios, y con un razonar atrevido quiere rasgar el velo de todos los arcanos y tomar posesion filosófica de los mundos sobrenaturales. Este espíritu de exámen hizo sospechar á Fóscolo y Rossetti que Dante era un precursos de los hereges que prepararon la reforma protestante; pero la ortodoxia de su doctrina está demasiado patente para autorizar estas suposiciones. La filosofía, para nuestro poeta, no es mas que servidora humilde de la fé; aquella abre al hombre el estrecho horizonte de la ciencia humana; pero sobre ella se estiende el mundo de los misterios, en el cual solo nos guia esa atraccion misteriosa entre la verdad y nuestro espíritu, que es la gracia de Dios difundida en nosotros y que aspira á volver á su celeste orígen.

Al examinar San Pedro á Dante en el Paraiso sobre la fé, le pregunta:

Questa cara gioia (1)
Sovra la quale ogni virtú si fonda,
Onde ti venne?

Y contesta el poeta:

La larga Ploia (2)
Dello Spirito Santo, ch' é diffusa
In su le vecchie, e'n su le nuove cuoia (3),
E sillogismo, che la mi ha conchiusa
Acutamente si, che'n verso d'ella
Ogni dimostrazion mi pare ottusa (4).

Tenemos aquí fijamente determinada la fé en la revelacion como el orígen de la ciencia religiosa, y en otro pasage vemos señalada la autoridad de los libros sagrados y de la Iglesia romana, como única norma y ley del cristiano:

Avete il vecchio e il nuovo testamento
E'l pastor della Chiessa che vi guida:
Questo vi basti a vostro salvamento (5).

Pero si esto basta á la salvacion de los fieles, no satisface la curiosidad anhelante del poeta filósofo, que quiere penetrar el sentido de los libros sagrados, y descubrir con su ayuda lo que ellos velaron á la mente de los hombres. Por eso lanza su poema en pleno mundo sobrenatural, forja su fantasía los abismos de los réprobos, las mansiones de la espiacion, y luego en éstasis arrobador, asciende al empíreo, aproximándose cada vez mas á la eterna luz y descubriendo las verdades supremas que en las tinieblas del mundo el hombre apenas puede vislumbrar.

¡Atrevido pensamiento, propio de aquellos tiempos en que la energía de la inteligencia corria parejas con el vigor del sentimiento! Ningun poeta ha osado lo que el Dante. Tres epopeyas ha inspirado el cristianismo: *El Paraiso perdido*, la *Mesiada* y la *Divina Comedia*. La primera es hija del Antiguo Testamento; Milton no ha hecho mas que amplificar magníficamente el sublime cuadro de la creacion y la caida del hombre, trazado en breves líneas por el Génesis. El poema de Klopstock es la segunda parte del de Milton; la redencion, contemplada con ese espíritu dulce, santo, melancólico del Nuevo Testamento. Pero, ni uno ni otro poeta han creado nada, mas que la forma: el pensamiento es el de los libros sagrados. Dante no se contenta con parafrasear los testos de la Biblia: lo desconocido es lo que le atrae, el misterio es lo que quiere penetrar: no se sugeta al dogma, sino que intenta completar el dogma por la ciencia, llegando por medio del raciocinio á organizar en una síntesis gigantesca el mundo de las ideas y la subordinacion de los séres y los fenómenos.

No es esta la ocasion de describir la economía del poema en que desarrolló su sistema: mas adelante seguiremos al Alighieri en su misterioso viage. Bástanos consignar, para comprender bien la trascendencia científica de su obra, los principales rasgos de su sistema filosófico-religioso.

Dios es para Dante el foco de la luz, «luz intelectual llena de amor» en la cual, cuando llega á contemplarla el poeta, encuentra toda esencia, todo fenómeno y toda cualidad:

Sustanzia ed accidente, e lor costume,
Tutti conflati insieme per tal modo
Che ció ch' io dico é un semplice lume (1).

Esta idea de la divinidad, conteniendo en sí la esencia de todas las cosas, como los arquetipos de Platon, y siendo á la vez verdad, bondad y belleza, hace ver la amalgama de las doctrinas platónicas con las creencias cristianas, en la mente de Dante. Dios, así considerado, es el motor universal, es

L' Amor che muove'l sol e l'altre stelle (2).

La creacion es una especie de emanacion, que guarda alguna analogía con las ideas cosmogónicas del Oriente. Dios, por el destello de su luz inteligente y amorosa al mismo tiempo crea *las bellezas eternas*, que cuanto mas próximas están á su sér son mas perfectas. Asi ha formado los nueve cielos, que provienen de él y se comunican unos á otros la virtud divina:

Questi organi del mondo cosí vanno,
Come tu vedi omai, di grado in grado,
Che di su prendono, e di sotto fanno (3).

Los elementos que forman el mundo terrestre no previenen directamente de Dios, sino por medio de las causas segundas, de esos cielos, *órganos del mundo*, como los llama el poeta, que egercen su influencia sobre todas las cosas de este globo y sobre el mismo hombre. Hed aquí convertidas en sistema filosófico las aspiraciones de la astrología, y á Dante justificando la prediccion que en su nacimiento hizo su maestro Bruneto Latino. Cuando, al cruzar los cielos, llega en su poema á la constelacion de Géminis, bajo cuyo influjo nació, esclama:

O gloriose stelle, o lume pregno
Di gran virtú, dal quale io riconosco
Tutto, qual che si sia, il mio ingegno (4).

Pero esta accion de las esferas superiores en la naturaleza humana, influye solo en las condiciones de esta, no en la esencia del alma, hija de Dios, y que aspira á él y se comunica con él sin intermediario:

Ma nostra vita senza mezzo spira
La somma beninanza, e la innamora
Di sé, si che poi sempre la disira (5).

Esta atraccion es el pensamiento primordial de la obra dantesca: la ascension de la humanidad á sus supremos destinos, ascension que interrumpe el pecado, que renueva la penitencia y que lleva al hombre, cuando este no cae en los abismos del Infierno, por la dolorosa montaña del Purgatorio, á gozar en las nueve esferas del Paraiso la union del alma con el divino foco de que proviene y al que eternamente aspira.

Teodoro Llorente.

(1) *Gioia*, la alegria, el placer, el fulgor de la fé.
(2) *Larga ploia*; con esta metáfora quiere dar á entender la abundante doctrina.
(3) *Cuoia*, pergamino, antiguo y nuevo libro ó *testamento*.
(4) *Paradiso*, canto XXIV.
(5) *Paradiso*, canto V.

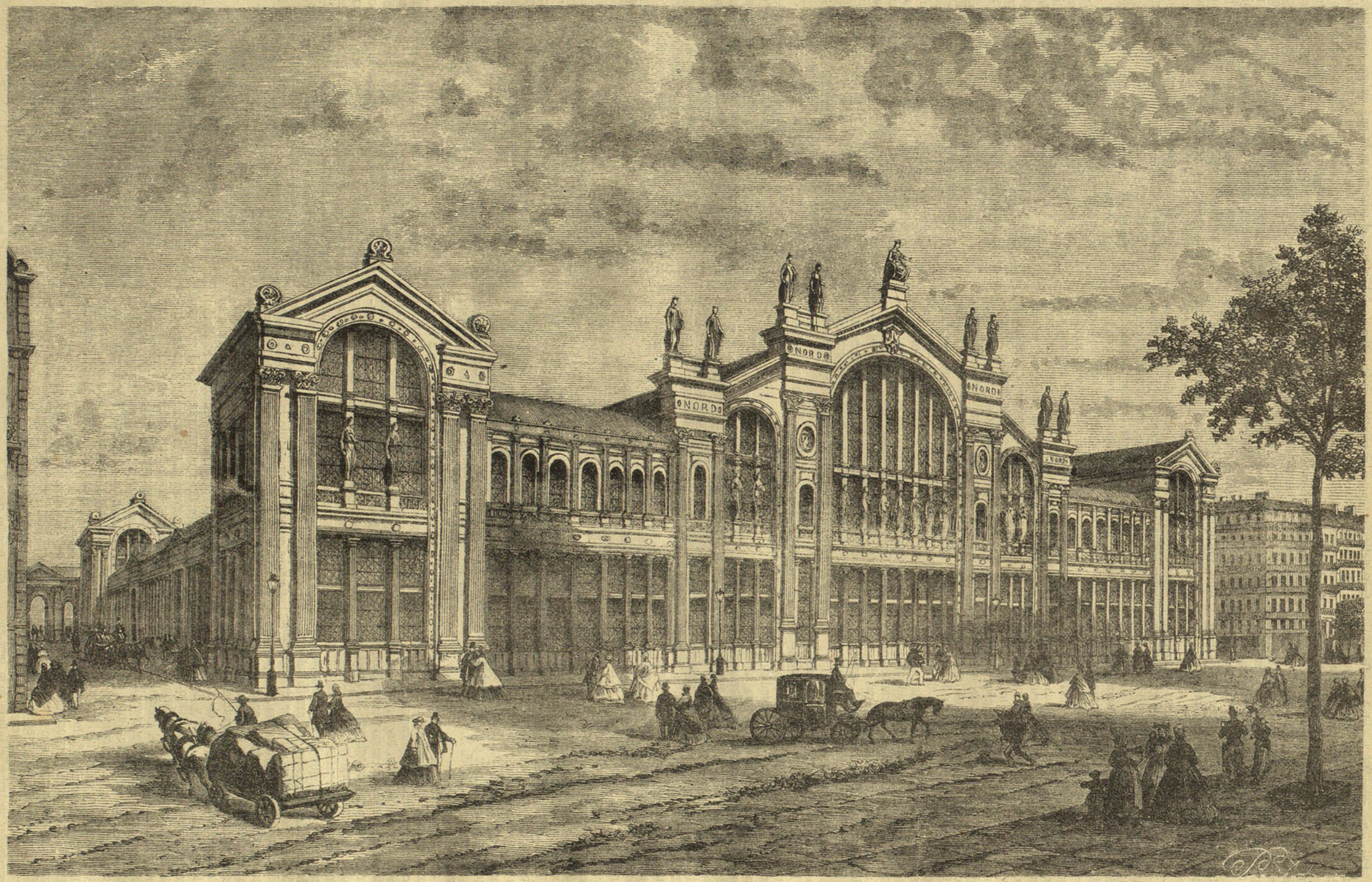
(1) Canto XXXIII y último del *Paradiso*.
(2) Ultimo verso de la *Divina Comedia*.
(3) *Paradiso*, canto II.
(4) *Paradiso*, canto XXII.
(5) Idem, canto VII.

Soneto filosófico.

—=—

Haces bien en decir, Lesbia querida,
Que para mí son leyes tus antojos,
Pues por una mirada de tus ojos
Satisfecho y feliz diera mi vida.
Pide á mi amor sin tregua y sin medida

Biblioteca Nacional de España



Estacion del Ferro-carril del Norte, en Paris.

Biblioteca Nacional de España

La semana Santa en el campo.

El aquarium del Jardin de aclimatacion, en Paris.

Biblioteca Nacional de España

Sacrificios, placer, dicha y enojos,
Pide que torne en flores los abrojos,
Y en pavesas la nieve derretida.
Pídeme que te cante como Homero,
Que ruja como hirviente catarata,
Que llore entre cadenas prisionero.
Pídeme, Lesbia, mi ilusion mas grata:
Mas no me pidas ropa ni dinero,
Porque estoy mas perdido que una rata.

M. del Palacio.

EL AQUARIUM DEL JARDIN DE ACLIMATACION EN PARIS.

Los periódicos de Valencia, siempre impacientes por encontrar noticias que comunicar á sus suscritores, han hablado de un pequeño *aquarium* que se prepara para la Esposicion regional, que ha de ser una de las mas notables fiestas del próximo centenar de la Vírgen. Aplaudimos esta determinacion de la Sociedad Económica, que procura con provechoso afan hacerse intérprete de todos los adelantos, y mientras conocemos el pequeño aquarium de la Esposicion valenciana, vamos á dar á nuestros lectores una idea de una magnífica construccion de este género que existe en el jardin de aclimatacion de Paris, y cuyo grabado reproducimos en este número.

El aquarium del bosque de Boulogne produce en los que le visitan un efecto admirable, y se halla formado por una estensa galeria, á uno de cuyos costados se encuentran situados catorce grandísimos cubos, á través de los cuales pasa una luz difusa que atraviesa la masa de agua donde vive y se desarrolla el mundo submarino. Estos receptáculos ó cubos, compuestos de láminas de pizarra, tienen uno de sus costados formado por un cristal de gran tamaño, que descubre al espectador los misterios de la vida acuática, hallándose decorados con el mejor gusto con plantas y rocas, que prestan nuevo encanto á aquellos pequeñísimos mares, en los que viven perfectamente los peces de todos los paises. El fondo se halla tapizado de arenas, menudas piedrecillas y hermosas conchas.

Como la luz desciende á traves del agua, la galería se encuentra en una semi-oscuridad que hace que los peces no puedan distinguir á sus curiosos espectadores, y por consecuencia no se asustan ni huyen su presencia, con lo cual se consigue estudiar sus libres movimientos y sus instintivas inclinaciones.

Un aquarium necesita imprescindiblemente la vida vegetal, para responder á esa ley armónica de la naturaleza que la une á la vida animal en toda la estension de nuestro globo, haciendo que se presten los elementos indispensables á su sostenimiento. El pez al respirar por medio de sus bronquios el aire disuelto en el agua, absorbe el oxígeno y lo cámbia en ácido carbónico, mientras que á su vez procediendo la planta en inverso sentido, absorbe el ácido carbónico, fija el carbono y devuelve el óxigeno al agua, que lo disuelve de nuevo, poniéndolo á disposicion de los peces.

Algunos moluscos son tambien necesarios en estas construcciones. Arrastrándose por las paredes, las desembarazan del moho que se reproduce fácilmente y llegaria á alterar su trasparencia, y al mismo tiempo se alimentan de los detritus vegetales y conservan la limpieza del aparato. En él vive tambien la familia de los zoófitos, ese primer paso de la escala animal, que llega á confundirse por la inmovilidad de los séres que produce y por lo rudimentario de su constitucion y sus formas, con los vegetales que pueblan el mundo.

No vamos á entrar en detalles de las numerosísimas variedades de peces de agua dulce y marítima que contiene el aquarium del jardin de aclimatacion de París: seria este un trabajo muy estenso y fatigoso para la mayoria de nuestros lectores; pero si estos grandes establecimientos requieren conocimientos especiales en las personas que se hallan al frente de ellos, y exigen grandes gastos, los pequeños y elegantes aquarios de salon, que adornan algunas habitaciones de personas de buen gusto, son un ameno entretenimiento, que quisiéramos ver mas estendido en nuestra patria.

Otro dia, contando con la benevolencia de nuestros lectores, nos ocuparemos de ellos.

F. Ll.

Monumentos de Paris.

Estacion del ferro-carril del Norte.

Entre los grandiosos edificios construidos en Paris en estos últimos años, es uno de los mas notables la magnífica Estacion del ferro-carril del Norte, que ocupa un área de mas de 30.000 metros cuadrados, y cuya vista damos en el número de hoy.

Esta estacion se inauguró el 18 de Abril de 1864, y à pesar de sus vastisimas proporciones, ya es pequeño el local destinados á las mercancías ¡Tal es el movimiento en aquella via!

La decoracion general del monumento es muy agradable á la vista, mirado de frente; pero, cuando se llega por el lado parece una construccion demasiado frágil, por las muchas columnas y estátuas que ocupan la gran estension plana de la fachada. Las numerosas estátuas que decoran este rico frontispicio representan las ciudades mas importantes hàcia las que conduce el ferro-carril, como Lóndres, Viena, Berlin, Colonia, Bruselas, San Petersburgo, Amsterdam, Francfort, etc.

A M. Hittorf, el hábil arquitecto que ha formado los planos de la iglesia de San Vicente de Paul, y de los Circos de los Campos Elíseos y de la Emperatriz, se debe la construccion de este digno monumento del siglo de los ferro-carriles.

EL EMPERADOR DE AUSTRIA Y LOS HÚNGAROS.

Uno de los sucesos mas importantes que han ocurrido en Europa en estos últimos meses es la reconciliacion de los húngaros con el gobierno de Viena. Desde que el alzamiento de Hungria en 1848 para reivindicar su independencia, fué sangrientamente sofocado por el Austria, ausiliada por la Rusia, los húngaros nunca habian querido prestarse á una reconciliacion con el gobierno de su emperador, por mas tentativas que se hicieron. Despues de la derrota del Austria en Sadowa, la córte de Viena ha sentido la necesidad de buscar el apoyo de los valientes maggiares, y concediéndoles todas sus exigencias, se ha llegado á una avenencia, aceptada con entusiasmo por los húngaros.

Plácenos consignar este suceso, publicando el grabado que representa la llegada del emperador de Francisco José á la estacion de Pesth, donde le saludan con entusiasmo los nobles húngaros.

LA CHIMENEA Y EL CAMPANARIO.

POR MR. CHANTRAL.

Era el 12 de Junio de 1863. He retenido esta fecha porque asi que llegué á mi casa escribí lo que el lector va á leer:

Me encontraba en la calle de Rennes, en Paris, y apresuraba el paso para llegar á tiempo al desembarcadero de la orilla izquierda del camino de hierro de Versalles. Andando de prisa, pasé delante de dos obreros, sobre los cuales no fijé en un principio mi atencion, los que seguian el mismo camino que yo, si bien con paso menos presuroso.

Uno de ellos llevaba blusa, el otro vestia uno de esos trajes modestos que son aun propios de un trabajador, pero que indican un obrero de un rango mas elevado, ó perteneciente á una profesion semi-liberal. El primero era un obrero en toda la acepcion de la palabra, el otro podia ser un obrero impresor ó algun capataz de un taller cualquiera. Los dos hablaban en alta voz, pero la blusa no la levantaba tanto como el gaban. Por lo demás ignoraria aun de qué departian, pues como no les prestaba ninguna atencion y la distancia entre ellos y yo se hacia cada vez mayor, bien pronto habria dejado de oirles, si una esclamacion del *gaban* no me hubiese de pronto sorprendido y hecho acortar el paso.

—Ahí tienes, decia el gaban á la blusa, ¿ves estos dos campanarios?

Acababa yo de pasar por delante de aquella capillita de madera que sirve provisionalmente de iglesia en la parroquia de Nuestra Señora del Campo, sobre la cual se eleva un campanario todavia mas humilde que aquella, pues ni siquiera alcanza la elevacion de la casa inmediata que parece aplastar la capilla con su mole. No obstante, yo no veia mas que un campanario por este lado. La esclamacion del obrero del gaban me hizo prestar atencion y entendí mas fácilmente lo siguiente:

—Pues bien, decia el gaban, hé ahí el campanario de la industria y el campanario de la impotencia.

Observé entonces que á alguna distancia de la capilla, y mas alta que su campanario, se eleva una orgullosa chimenea de vapor. El gaban no cesaba de hablar.

—Hé ahí, siguió diciendo, el campanario de la produccion y el campanario del consumo.

La blusa se sonrió. El gaban se iba entusiasmando.

—Ya lo ves, aquel es el signo de nuestra época. La industria, el progreso aplastan todas esas antiguallas que solo sirven para las viejas y los niños. El hombre es ya mayor de edad, está emancipado; él mismo es su Dios, y la chimenea de vapor ha destronado al campanario.

La blusa aprobaba estas palabras sin que apenas las comprendiera; tal vez tampoco comprendia mas el gaban, pero sabia su leccion de memoria, y yo esperaba el momento en que habria agotado todas las bellas frases que sobre este asunto se encuentran en el *Siécle* y en todas las miserables publicaciones á cinco céntimos que constituyen la educacion de los parroquianos de cafetin, y tambien por desgracia de los honrados y demasiado crédulos obreros de mas de un taller.

Me detuve, y sacrificando mi escursion á Meudon, resolví intervenir en la contienda, si en contraba coyuntura.

No tardó el gaban en ofrecérmela. Vió que estaba escuchando, se adelantó hácia mí, y pareciéndome que iba á reprocharme de una manera poco agradable mi curiosidad, me anticipé á decirle:

—¿Con que vos preferis el campanario que ahuma al campanario que tañe?

—Sí, por cierto.

—¿Podriais decirme el porqué!

—¿El porqué? Bien claro está. ¿Para qué sirve vuestro campanario que tañe? ¿A quién logra atraer á esa miserable cabaña? A los niños, á algunos viejos devotos, á algunas mugeres que vienen aqui para ser vistas, á algunos haraganes, y á curas que especulan con la credulidad pública para vivir sin hacer nada.

Nuestro hombre estaba mas fuerte en su *Siécle* de lo que yo creia.

—Por el contrario, siguió diciendo, esa magnífica chimenea que se hiergue con arrogancia en el espacio, y que lanza bocanadas de negro humo, es el signo de la actividad humana, del poder del hombre y del progreso de la humanidad. Gracias á esta chimenea, la industria marcha, el comercio se estiende, millones de brazos encuentran ocupacion y el bienestar se alberga en todas partes. Hé ahí la diferencia de los dos campanarios, como decia yo á mi camarada: el campanario de la iglesia es el campanario de la impotencia; la chimenea de la fábrica es el campanario de la produccion.

—Amigo mio, dije al obrero del gaban, dispensadme si no estoy conforme con vos. No penseis que yo menosprecie la industria, ni quiera maldecir de los progresos de nuestros tiempos. Pero yo sostengo ante todo que sin el campanario no existiria la chimenea de vapor.

—¿Cómo se entiende?

—Y que sin el campanario la chimenea no podria seguir existiendo.

—¡Mucho decís!

—Si teneis á bien escucharme trataré de probaros lo que os he dicho.

Debo hacer justicia al obrero parisiense:—puede estar estraviado, pero es leal. Si yo hubicse tratado con algun oficial de almacen atestado de *Siécle* y de Renan, ó con algun ciudadano barnizado de ciencia á lo Voltaire, mi interlo-

Biblioteca Nacional de España

cutor hubiese dado media vuelta y se hubiera marchado sonriéndose. Trataba con un obrero que puede estar engañado, pero que no pide mas que se le ilumine. El trabajo sanea el alma, el que trabaja puede ser ignorante, mas no es hombre de mala fé. Por esta razon que los sofistas que quieren seducir al pueblo, á fin de esplotarlo mas fácilmente, le inspiran el ódio á los curas y á las clases superiores: bien saben ellos que no pueden fundar su éxito mas que sobre preocupaciones, y se esfuerzan en mostrar al pueblo enemigos en aquellos que únicamente son sus verdaderos amigos.

El obrero de la blusa, hermosa figura de trabajador, estaba visiblemente embelesado de ver que habia quien rechazaba el parecer de su camarada del gaban que miraba con aire de reconocimiento. Además el del gaban me prestaba la mayor atencion. Hé aquí á poca diferencia lo que les dije:

—Amigos mios, permitidme que os dé este nombre, pues os quiero bien y trato de ilustraros.

—¿Habeis fijado la atencion en un hecho que es verdaderamente admirable? ¿Cuáles son los pueblos donde progresan la ciencia y la industria? ¿Son, tal vez, los turcos, los chinos, los árabes, los salvajes de América? Nó, sino los cristianos. Aun entre los pueblos antiguos mas civilizados, como los griegos y los romanos, ¿dónde estaba la ciencia, dónde la industria, dónde el poder del hombre sobre las fuerzas de la naturaléza, como ahora se dice?.. Los pueblos cristianos son los que están á la cabeza del movimiento industrial y científico; es en ellos donde florecen la ciencia, la industria y el comercio. ¿De qué proviene esto? ¿Quién ha trasformado el esclavo en obrero y en ciudadano libre? ¿Quién ha hecho desaparecer la tiranía y la opresion? ¿Quién ha libertado la Europa asolada por los bárbaros? ¿Quién ha desarrollado hasta tal punto la inteligencia en los europeos, que este desarrollo se observa aun en los cráneos modernos comparados con los antiguos? ¿Quién ha derramado sobre la tierra esa multitud de verdades morales é intelectuales, que elevando el nivel de los espíritus, como se dice todavía, ha hecho posibles los maravillosos descubrimientos de los tiempos modernos? ¿Quién es ese, amigos mios? ¿Por ventura no es el cristianismo? ¿No son los monjes y los santos, y esos curas que pasan aun su vida enseñando á la infancia, combatiendo los vicios tan contrarios á la misma prosperidad material, predicando las virtudes, sin las cuales los progresos materiales solo pueden conducirnos á los abismos? ¿Y esos curas, esos monjes, esos santos, esos religiosos, esos ricos que se dedican al servicio de los pobres, de dónde sacan su devocion, sino de su fé, de su fé en Cristo, que se alimenta en las iglesias, al pié del altar, á la sombra del confesonario, cerca de esos campanarios que injustamente desdeñais?

Así, la industria moderna, los progresos modernos, son hijos del cristianismo; la chimenea de vapor es hija del campanario.

—Es verdad, dijo el hombre de la blusa.

—No habia pensado yo en todo esto, dijo el hombre del haban, y encuentro que hay algo de verdad en lo que decis. No obstante, voy á haceros una reflexion. Sin contradeciros en nada, me parece, no obstante, que ha pasado ya el tiempo del campanario. Podia acaso ser necesario para conducir la sociedad al estado á que ha llegado; pero actualmente es inútil, es una superfluidad buena tan solo para detener los progresos futuros y para perpetuar supersticiones que no sirven para nada.

—Incurris todavia en un error, repliquéle yo, y por el contrario sostengo á mi vez que el campanario es tanto mas necesario cuanto mas estendida esté la chimenea de vapor.

Ved, sino, lo que sucede habitualmente en esas fábricas de donde salen productos tan sorprendentes. Vos sois un hombre inteligente, y en vuestro aire conozco además que sois honrado. Pues bien. Decidme ingénuamente si todos esos obreros que se han hecho esclavos de las máquinas son felices, decidme si las masas son mas ricas, si disfrutan de mas comodidades, decidme por qué se ven esos rostros pálidos y ajados antes de hora, ese aspecto lacerado, enfermizo, gastado, de esas mugeres y esos niños, por qué esas miradas sombrias y feroces de todos esos obreros que salen en este momento de aquella fábrica. ¿Es esto un verdadero progreso? Es decir, que es un progreso para el hombre producir esas maravillas á costa de su salud, de la salud de su muger y de la de sus hijos, en una palabra, de su felicidad! Y no os hablo ahora de la moralidad de esos obreros; no ignorais cuán asquerosos desórdenes provocan esas inmensas aglomeraciones; no necesito insistir en ello.

Ved, por el contrario, el porte de los que salen de aquella pobre iglesia que tanto menospreciais. He ahi una muchacha cuya figura respira inocencia, y que viene de alcanzar del altar la fuerza para resistir á todas las seducciones de la juventud y de la miseria: hé ahi una jóven madre cuyos ojos humedecidos por las lágrimas se elevan al cielo con recogimiento y resignacion; hé ahi un rico que viene de aprender que visitando la buhardilla del pobre es como hallará la felicidad; y ese cura, de aspecto risueño y bondadoso, que pasa una parte de su vida en aquella iglesia, ¿podriais contar el número de aquellos á quienes su palabra ha consolado desviado del vicio, arrebatado á la desesperacion; podriais, sin amarlo, seguir por todas partes sus pasos? ¡Ah! le condenais algunas veces cuando le veis salir de la casa del rico; pero ¿sabeis cuántas veces va alli para pedir algo para los pobres?

¡Pues bien! yo digo que si la religion desapareciese de esta sociedad tan orgullosa y tan miserable al mismo tiempo, si desapareciese con la iglesia, donde las inteligencias reciben la luz, donde los corazones se purifican y se abrasan de amor al prógimo,—con el campanario, coronado con esa cruz que es el símbolo de todas las virtudes,—yo digo, en una palabra, que si el campanario desapareciese, la chimenea de vapor no tardaria en desaparecer. Bien pronto, en efecto, toda fraternidad huiria de entre los hombres; no habria ya pureza en las costumbres, ni union en los matrimonios, ni mas relaciones que las del odio entre el rico y el pobre; reinaria una espantosa corrupcion, espantosos deseos de goces y venganzas; volveria la sociedad al estado salvaje, se estableceria el reinado de la fuerza bruta, y juzgad á qué vendrian á parar las ciencias, la industria el comercio, en tal estado de cosas.

¡Ah! amigos mios, no despreciemos la chimenea de vapor, reconozcamos los progresos de nuestra época, pero reconozcamos tambien que este no es mas que el lado pequeño; reconozcamos que el alma está por encima del cuerpo, la inteligencia por encima de la materia, de las necesidades físicas, y que el campanario que tañe es verdaderamente superior al campanario que ahuma. ¿Qué es lo que pensais vosotros?

—Yo creo que teneis razon, dijo el hombre de la blusa. Cuando yo iba á la iglesia era mas feliz; ahora comprendo el por qué.

—Caballero, dijo el obrero del gaban tendiéndome lealmente su mano, yo no habia pensado jamás en todo esto; lo reflexionaré formalmente; pero desde ahora confieso que no he tenido razon al llamar al campanario de la iglesia el campanario de la impotencia: él es, por el contrario, el verdadero campanario del poder y de la produccion, pues es el orígen mismo de la civilizacion moderna.

En tan escelentes disposiciones dejé á estos dos honrados obreros.

Volviéndome por última vez para verles, apercibí en el eje de la calle de Rennes el viejo é imponente campanario de San German del Prado.

—Hé ahí, me dije, el campanario que ha presidido al maravilloso desarrollo de esta inmensa ciudad. ¡Que jamás olvide Paris que á la sombra del campanario cristiano es como se ha engrandecido y ha llegado á ser la capital del mundo civilizado!

LA CORONA FUNEBRE.

Por D. Félix Pizcueta.

IV.

Eduardo, avanzando en medio de la oscuridad, la habia derribado produciendo el estrépito que un momento antes alarmó á sus amigos.

La cortina de la alcoba estaba descorrida.

El miserable lecho sobre que descansaba la madre de Eduardo se hallaba vacío y en el mas completo desórden.

La vista de todos los amigos del poeta se dirigió hácia un grupo estraño que habia en el fondo de la alcoba.

Este grupo lo formaban Eduardo y su madre.

El primero estaba arrodillado en el suelo levantando con sus crispadas manos la inanimada cabeza de la segunda.

Su rostro estaba pálido hasta la lividéz.

Sus ojos estraviados hasta la locura.

Aquella madre, á quien tanto amaba, por la que tantos dolores y tantas miserias habia sufrido, no era ya mas que un cadáver.

Habia muerto durante su ausencia, sin ayuda, sin consuelo, en medio de una agonía lenta que se retrataba en la contraccion horrible de su fisonomía.

Los amigos de Eduardo se acercaron á él para prodigarle todo género de consuelos.

—Marchaos, gritó repeliéndoles con su gesto y con su mirada, no necesito para nada de vosotros.

—Eduardo, amigo mio, esclamaron los jóvenes llenos de compasion.

—Dejadme solo con mi madre, con mi desgraciada madre, cuyo último suspiro me habeis robado. ¡Madre mia, añadió levantando su rígida mano hácia el cielo, puesto que he preferido por un instante á tu amor el amor de la gloria, puesto que he sido bastante cruel, bastante desnaturalizado, bastante mal hijo para abandonarte en esta hora suprema; yo, interpretando tal vez tu último pensamiento, me maldigo á mí mismo!

—¡Silencio! gritaron llenos de espanto todos los circunstantes.

—¡Maldigo la gloria cuyo efímero resplandor me ha cegado por un instante!

—¡Silencio! repitieron los jóvenes mas pálidos que el mismo Eduardo.

—¡Maldigo, en fin, á esos hombres, continuó con acento mas terrible el desdichado hijo, señalando á sus amigos, maldigo tambien á esos hombres, que con sus ruegos, con sus súplicas, con sus entaciones infames me han apartado de tu lado en el momento en que mas me necesitabas!

Los amigos de Eduardo retrocedieron llenos de terror, dejando caer en el suelo la corona de laurel y demás objetos que el público habia arrojado al poeta.

Este, cansado de tantas y tan violentas emociones como habia sufrido aquella noche, pasó desde la exaltacion mas terrible hasta el abatimiento mas profundo.

Sus ojos perdieron poco á poco el brillo salvage que los iluminaba, sus brazos cayeron pesadamente á lo largo del cuerpo, su pecho se agitó dos ó tres veces como para prorrumpir en un sollozo, y por último se dejó caer sin fuerzas y sin sentido sobre el cadáver de su madre.

En aquel mismo instante en todas las tertulias, en todas las reuniones, en todos los cafés de la coronada villa no se hablaba de otras cosas mas que de Eduardo y de su drama.

Y no faltaria quizá algun adolescente que esclamase con acento lleno de envidia y de dolor, al saber el ruidoso triunfo de Eduardo.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Nuestro jóven es hoy uno de los primeros poetas dramáticos de España.

Se ha casado, por amor, con una rica heredera, cuyo dinero se entretiene en gastar, y cuyos caballos revienta paseándolos por la Fuente Castellana.

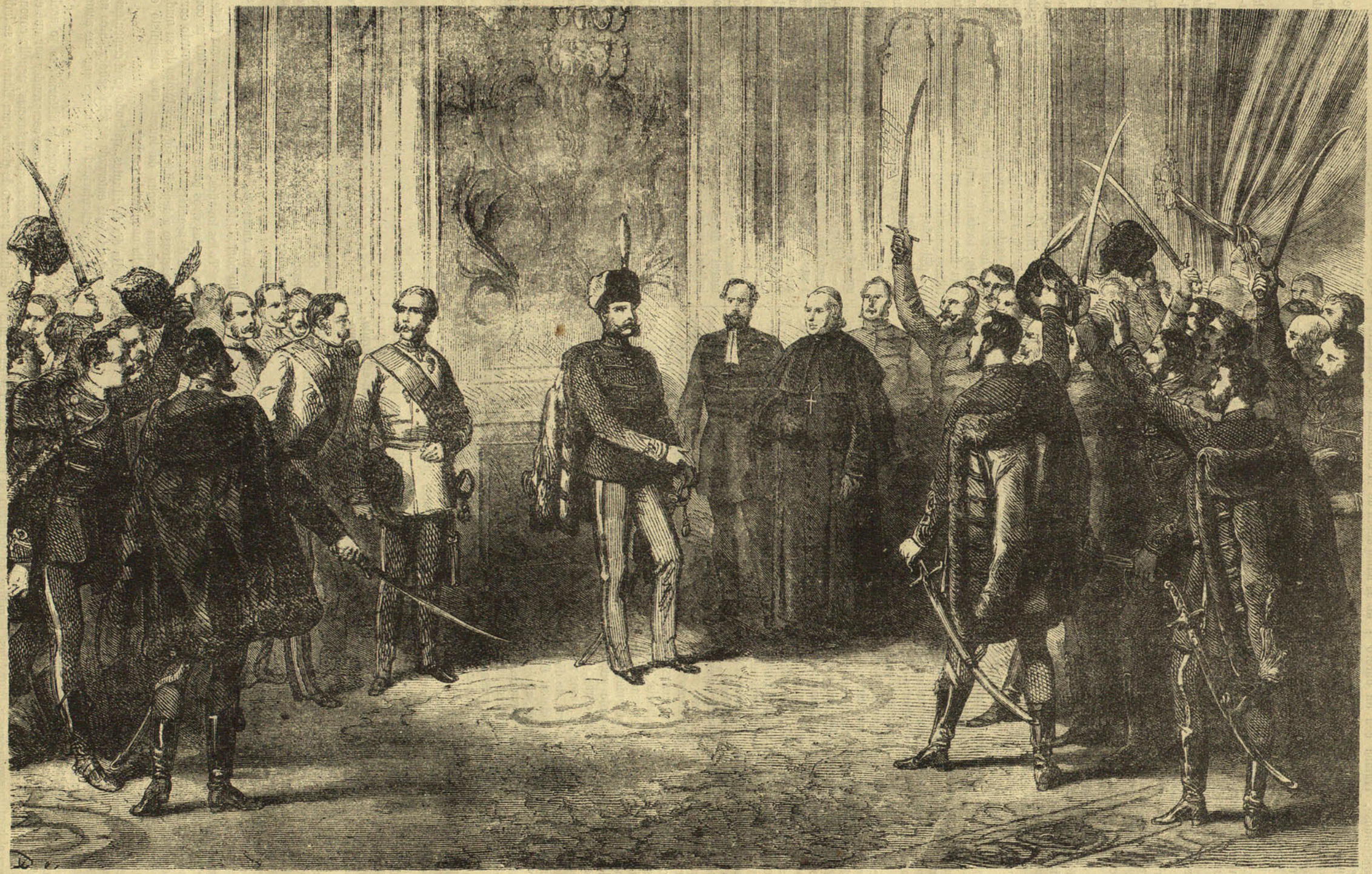
Sin embargo, la memoria de su madre no se ha borrado todavía de su corazon.

Todos los años, en ese dia de suprema tristeza en que los vivos parece como que se dan la consigna de acordarse de los muertos, Eduardo corre presuroso á depositar sobre la tumba de su madre la misma corona de laurel que conquistó en aquella memorable noche.

Un dia de difuntos, visitando yo el cementerio, en donde está enterrada aquella señora, hice notar esta particularidad á un amigo que me acompañaba.

Mi amigo me contó la historia que yo acabo de contaros, haciéndome comprender por qué estrañas y dolorosas circunstancias, aquella corona, destinada á serlo de gloria para Eduardo, se habia convertido despues *en una corona fúnebre*.

Biblioteca Nacional de España



El emperador de Austria reconciliado con los húngaros.

Valencia. Imprenta de José Domenech. Avellanas, 27.

Biblioteca Nacional de España